

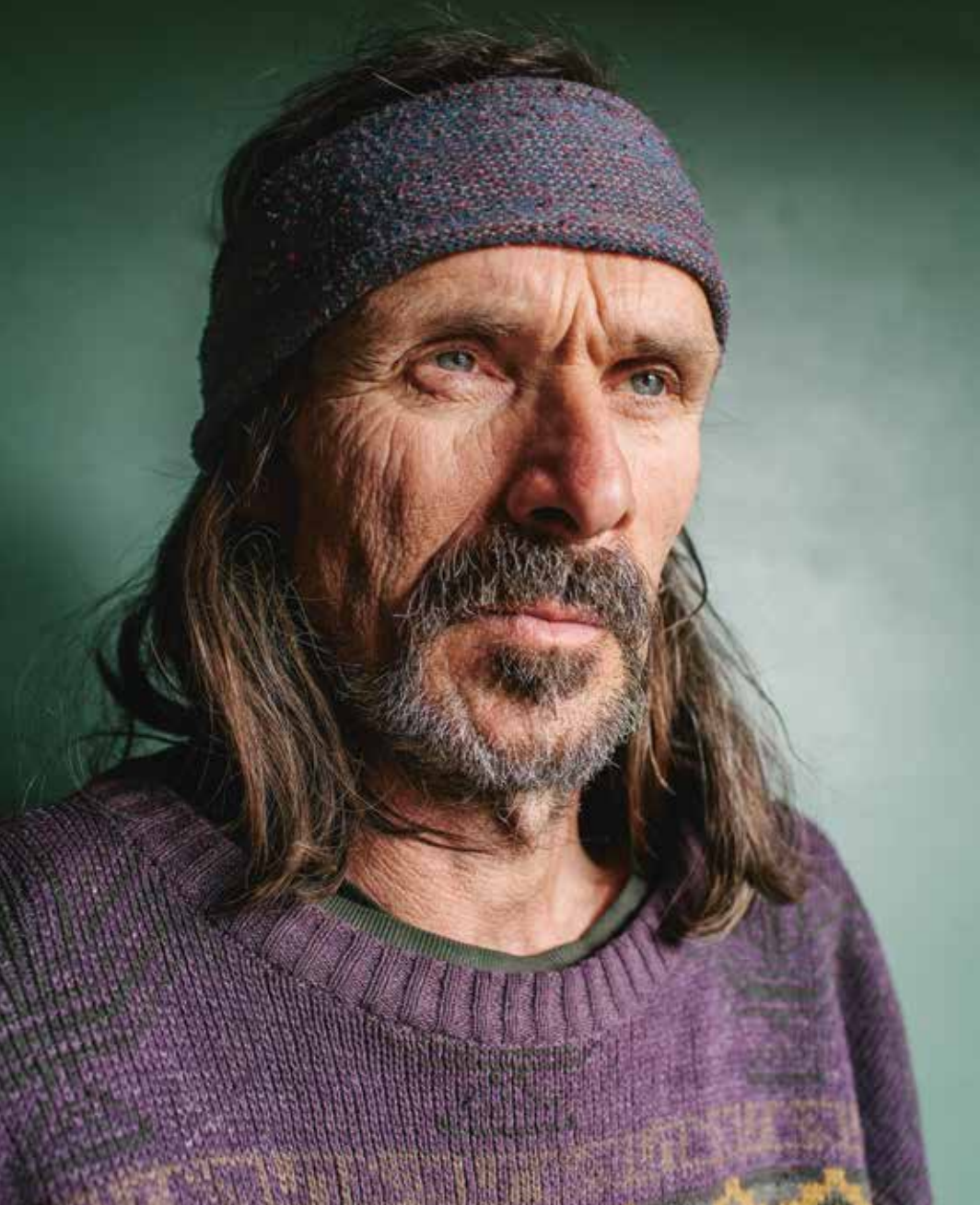
COMUNIDAD SOSTENIBLE

EN 1989, UN GRUPO DE HIPPIES RESUCITÓ UN PUEBLO ABANDONADO DE EL BIERZO. HOY, MEDIO CENTENAR DE PERSONAS VIVEN EN MATAVENERO, UNA DE LAS ECOALDEAS MÁS REPRESENTATIVAS DE ESPAÑA

TEXTO: David López Canales. FOTOS: Kevin Faingnaert

NATURAL HABITAT

IN 1989, A GROUP OF HIPPIES RESURRECTED A GHOST TOWN IN EL BIERZO. TODAY, 50 STILL LIVE IN MATAVENERO, ONE OF SPAIN'S ORIGINAL ECO-VILLAGES



El comienzo de los célebres cómics de Astérix salta a la memoria cuando uno se acerca a Matavenero, en la región de El Bierzo, provincia de León. Cuando se recorre el sendero que conduce a esta ecoaldeia, a este pueblo resucitado que brota en un valle de castaños y encinas, a más de mil metros de altitud. Cuando se pierde la señal del teléfono y, al final del camino, aparecen medio centenar de casas pintorescas, de piedra, madera y metal, de tejados de tejas y chapa, salpicadas como setas en el monte. Allí viven hoy medio centenar de personas, la mitad de ellas extranjeros. Como Uli, alemán, de largos cabellos grises y figura espigada, uno de los pioneros y fundadores en 1989 del nuevo Matavenero, que saluda al visitante y le cuenta que este es ante todo un sitio

“tranquilo y abierto a todos”. O Jorgen, que casi parece un náufrago con su profusa barba amarilla y sus ojos claros. Confiesa que Matavenero “si no lo amas, no puedes habitarlo”.

Antigua zona de minas de carbón, fue despoblándose durante los años sesenta y setenta. Territorio perdido de la comarca, monte duro de nieves en invierno y temperaturas bajo cero, quedó abandonado hasta que llegaron un grupo de alemanes. Pertenecían al Movimiento Rainbow, fundado en Estados Unidos a comienzos de los 70. La evolución de la contracultura hippy, que tomaba el arcoíris como emblema siguiendo una antigua profecía de la anciana india Ojos de Fuego. “Llegará el día en que muchas personas se levantarán

The beginning of the famous *Asterix* comics comes to mind when you approach Matavenero, in the region of El Bierzo, Province of León. It happens when you follow the path to this eco-village, and a reborn ghost town rises from a valley filled with chestnut and holm oak trees, more than 1,000 metres above sea level. And it happens when you lose your mobile signal and, at the end of the road, you find 50 picturesque stone, timber and metal dwellings with tiled and sheet-metal roofs, like mushrooms on a mountainside. This place is home to some 50 souls, half of whom aren't Spanish. Uli is a slight, grey-haired German – one of the pioneers who helped found the new Matavenero in 1989. He says it is, first and foremost, “quiet and open to all”.

Another, Jorgen, has a profuse yellow beard and light-coloured eyes, making him look almost like a castaway. He confesses that, “If you don't love Matavenero, you can't live in it.”

The region was once filled with working coal mines, and the inhabitants gradually moved on to greener pastures in the 1960s and 1970s. A wasteland with hard snows and sub-zero temperatures in the winter, the town remained abandoned until it was rediscovered by a group of Germans from the Rainbow Movement, which had begun in the US in the early 1970s. The movement was part of the hippy counterculture, named after the rainbow from a prophecy by an ancient Cree Native American wise woman.

**A LOS NUEVOS
RESIDENTES,
ATRAIDOS POR
LA IDEA DE VIVIR
ALEJADOS DE TODO, SE LES
DA UN AÑO DE PRUEBA
PARA CONVERTIRSE EN
PARTE DE LA COMUNIDAD**



NEW RESIDENTS ARE
GIVEN A YEAR'S TRIAL
PERIOD BEFORE IT'S
DECIDED IF THEY CAN
BECOME MEMBERS OF
THE COMMUNITY



y entre todas formarán un mundo nuevo donde reine la paz, la justicia y el respeto por el Gran Espíritu de la Tierra. [...] Ellos serán la clave para que sea posible la supervivencia de la humanidad, y serán conocidos como los Guerreros del Arco Iris”, cuenta la leyenda que anunció.

Aquellos alemanes decidieron convertir Matavenero en su hogar. Primero tuvieron que desbrozar de plantas y arbustos la zona. Instalaron las tiendas de campaña en las que empezaron a vivir. Después reconstruyeron las casas cuyos cimientos de piedra aún quedaban en pie. Idearon un sistema de canalización para traer agua desde un río a dos kilómetros y levantaron espacios comunes: la Doome (cúpula),

para reunirse y debatir los asuntos del pueblo en asamblea, la escuela, un horno de leña, la sauna... Incluso diseñaron un teleférico, hoy pendiente de reparación, para poder subir y bajar materiales desde la aldea al monte donde llegan los vehículos. Según fueron pasando los años la comunidad creció hasta 120 personas. A Matavenero llegaban a veces durante los años noventa los antiguos habitantes del pueblo, o sus familiares, que les daban las gracias por haber devuelto a la vida su aldea y les cedían las que habían sido sus casas. Marius, un polaco hablador de 49 años que aterrizó aquí con 26, aún recuerda con cariño las cartas con poemas que les enviaba la señora María, una de las antiguas vecinas del pueblo.

“There will come a day of awakening when all the peoples of all the tribes will form a new world of justice, peace, freedom and recognition of the great spirit... They will be mankind’s key to survival, and they will be the Warriors of the Rainbow,” says the legend.

Those Germans decided to make Matavenero home. They cleared the area of plants and brush and installed the tents that would be their first homes. Then they rebuilt the houses, whose stone foundations were still solid and strong. They devised a pipe system to bring water from a river a couple of kilometres away and constructed some common spaces, including the Doome (dome) – for meetings about the town’s affairs

– the school, a wood-fired oven, the sauna... They even designed a cable car (currently awaiting repair) so they could take materials from the village to the spot on the mountain where vehicles can go no further. As the years passed, the community grew to 120 people. During the 1990s, some of the former residents (or their family members) would stop by the village, thanking the new inhabitants for bringing life back to the area. They even turned over ownership of what had once been their houses. Marius, a loquacious 49-year-old who came to live here from Poland when he was 26, still has fond memories of the poem-filled letters sent to him by Señora María, one of the town’s former residents.



La idea siempre fue muy sencilla, y a la vez muy complicada: persistir con lo que la naturaleza les daba y de lo que sus manos podían hacer, desde los huertos a las plantas medicinales y con hornos de leña para calentar las casas en invierno. Vivir de una forma autosuficiente y alternativa al ritmo de un progreso complicado de sostener. Eso no ha cambiado. Por Matavenero pasan hoy senderistas que recorren este valle verde que naranjea en otoño. También visitantes que pueden quedarse unos días en el albergue comunitario con literas, siempre que colaboren con el pueblo. Incluso nuevos residentes atraídos por esa idea de vivir alejados de todo y a los que se les da un año de prueba para convertirse en miembros de la comunidad. Aunque, como sabe Jorgen, que vive con Cristi-

na, su pareja, de la vecina Ponferrada, de elaborar y vender conservas, artesanías y tambores, “muchos que vienen en verano se van cuando llega el invierno”. El grupo ha cambiado, como cuenta Marius entre la resignación y la nostalgia: “El rollo comuna se ha perdido. Hoy el individualismo es más fuerte y la gente va más a lo suyo”. Se ha reducido el número de habitantes y disipado en parte aquel espíritu de los primeros fundadores. Pero aún quedan algunos irreductibles como Jorgen que, pese a todo, saben que aquí encontraron y fundaron el hogar con el que habían soñado y que confiesan que todos los días dan “gracias” por estar aquí. Están locos estos hippies, piensa uno al marcharse y dejar atrás Matavenero, como Astérix pensaba de los romanos. O no... ■



The idea was at once simple and very complicated – to persist with what nature gave them and with what their hands could do, from vegetable gardens to medicinal plants, to using wood-burning ovens to heat their homes. That hasn’t changed. Today, the village is visited by hikers enjoying this green valley that becomes tinged with orange in autumn. Visitors are welcome to stay a few days in the community hostel (fitted with bunk beds), as long as they help out in the village. There are even new residents, attracted by the idea of living away from it all. They’re given a year’s trial period before it’s decided if they can become members of the community. “Although, a lot of people who come in the summer leave as soon as winter arrives,” says

Jorgen, who lives with his partner Cristina, from nearby Ponferrada, and makes his living from making and selling preserves and drums. The group has changed, Marius says, with something between resignation and nostalgia: “The commune thing is gone. Today, individualism is stronger and people are more into doing their own thing.” The number of inhabitants has fallen and part of the spirit of the early founders has dissipated. But diehards like Jorgen remain. Despite everything, they know they’ve founded the home they always dreamt of and they give thanks every day for being here. On leaving behind Matavenero it’s tempting to paraphrase Asterix talking about the Romans: “These hippies are crazy.” But, then again, perhaps the hippies have the right idea. ■